

genuino y extraño sabor, y se han amanerado como los asuntos de las panderetas pintadas y los tangos zarzueleros.

Sevilla, y toda ciudad que tiene carácter realmente pintoresco y original, interesa más en épocas que no son de festejos. En general, los festejos van siendo algo de que la humanidad se fatiga. Al ver cómo se desborda por las calles el río humano en tiempo de fiestas, parece, al contrario, que las fiestas están ahora en su apogeo; pero adviértase que la humanidad, cuando se fatiga, empieza a fatigarse por la cabeza; es decir, que la gente *comprensiva*, como ahora dicen, es la que con su hastío y su desdén va atacando ciertas costumbres, y poco a poco, cuando se enteran los de abajo, las costumbres desaparecen. ¿Quién duda que los faroles de iluminación, las ruidosas ferias, las bandas de música, los mismos bailes gitanos y flamencos, son cosa de que está saciada la aristocracia intelectual?

En cuanto a los toros, la cuestión es mucho más compleja y difícil de resolver de una plumada. Los toros, combatidos unánimemente por los pensadores, no decaen, porque los sostienen los artistas; y los artistas son la mitad de la inteligencia — la *inteligencia bella*, la comprensión iluminada por la estética. — Que el espectáculo sea más ó menos inmoral, ni hay aquí para qué discutirlo, ni tiene realmente que ver con el aspecto intelectual de la cuestión. Inmoral no es lo mismo que tonto; y los espectáculos tontos son los que decaen. Ya sé que para muchos el espectáculo taurino merece la calificación de bárbaro; pero tampoco el concepto de barbarie es idéntico al de tontería; al contrario, la barbarie implica cierta grandiosidad y evoca una serie de impresiones pintorescas, originales y atractivas.

Los toros se encuentran hoy en plenitud de popularidad y moda. Años atrás les hacían competencia los frontones; pero fué efímero el entusiasmo con que al pronto acogió Madrid esta distracción sana, insulsa y campestre. Un partido de pelota no es propiamente un espectáculo. Si se le mira desde el punto de vista del desenfrenado juego á que sirve de pretexto, tampoco cabe defender su moralidad. Y el peligro de que la pelota se tuerza y vaya á herir la cara ó la cabeza de un espectador, no es tan remoto que no retraiga á la gente, y en especial á las señoras.

La corriente vuelve hacia su cauce antiguo: los toros son el acontecimiento magno de nuestra *season*. En esta semana de Pascuas se celebran nada menos que cinco corridas — se vive en la Plaza casi. — El hecho tiene mucho de anómalo, cuando parece que deberíamos estar que no hubiese por donde cogernos, de apurados, afligidos y desalentados, con las dos guerras y los conflictos de toda especie que amagan y nublan el porvenir; pero hay en España, y tal vez no sólo en España, sino en el mundo entero, una peregrina virtud de olvido, descuido y alegre imprevisión, que á no dudarlo hace más leves las cargas y las desdichas, y ayuda á pasarlas de un modo soberanamente filosófico. En efecto, puede sostenerse que no existiría el mal si no existiese su imagen, la representación que se hace del mal nuestra cuidada mente. ¿Qué le importan al mulo, al buey ó al caballo el hambre de la India, la pelea de turcos y griegos, ó la insurrección tagala? Nada seguramente; y no será porque no puedan alcanzarle, directamente ó de rechazo, las consecuencias de estos desastres, sino porque no es capaz de representárselos, de poner la consideración en ellos. Ahora bien: si nosotros conseguimos no representarnos tampoco esas calamidades, está probado que las habremos suprimido. He aquí la filosofía de la fiebre de diversiones en las actuales circunstancias.

Se ha dejado sentir esta fiebre en la concurrencia al Real de primavera, el teatro del Príncipe Alfonso. Cada noche hay un lleno, en un recinto vastísimo. Se aprovecha con afán la ocasión de saturarse de música, que en invierno cuesta más cara, y ciertamente ni es mejor ni peor que la oída en este tiempo. Una compañía desigual — como lo fué la del Real todo este año; — unos coros vestidos de la manera más risible — como en el Real sucede también; — una excelente orquesta — como en el Real igualmente, — y un cuerpo de baile medianillo... — Todo calcado en el regio coliseo; lo único en que noto diferencia, es en la atmósfera, cargada de humo de cigarro. Falta, eso sí, aquel *foyer* fino y selecto, con ínfulas de salón; aquella elegancia tranquila y perseverante del Real; hay esa confusión y esos empujones á la entrada y por las escaleras, que caracterizan á los circos; y los claveles y los confites que hasta los mismos palcos vienen á ofrecer ramilletes y muchachuelos, son un detalle absolutamente incompatible con la seriedad del Real. Mas de telón adentro, lo repito, noto bien poca di-

ferencia. Los que pretenden que el Real deja espantados los bolsillos, ¿qué habrán dicho al comprobar que hay bolsillo para la coetilla ó posdata del Real, y para todo cuanto vengan á brindar al público de Madrid los empresarios?

Hacen bien éstos en gastar cierto desenfado y confianza con el público. Hay mucha *bonhomie* en el modo de ser de los espectadores, tan resueltos en aflojar la mosca y tan poco exigentes en lo demás. Cuando en *Gioconda* se ve desfilar á los coristas del Príncipe Alfonso, con medias gordas de algodón blanco, zapatos de becerro ordinario ni embetunados siquiera, calzones de panilla raída, gorras de plato con una esterilla dorada, rostros ariscos y barbas de ocho días, queriendo representar á los elegantes patricios de Venecia, la gente mejor trajeada, más artísticamente ataviada y de más hermosas y pulcras cabelleras que recuerda la historia y que inmortaliza la pintura; cuando aparecen aquellas fachas singulares, y se adelantan hacia las candilejas mostrando las herencias del vestido y del rostro, la gente suelta una risa benévola, se mira para comunicarse el buen humor, se encoge de hombros, y no pasa de ahí: ya ha perdonado. Al otro día se repite la misma escena, y así sucesivamente hasta el final de la temporada, en que los coristas guardan cuidadosamente sus calzones de panilla y sus gorras de plato, para volver á sacarlas en la temporada siguiente. Yo creo que el público prefiere poder soltar esa carcajada — tener ese derecho — á que los actores vistan con propiedad y con cierto decoro. Si se presentasen según corresponde, ¿qué nos íbamos á reír?

Uno de los rasgos característicos de esta *season* es la afluencia de extranjeros. España conserva todavía su atractivo de picante manola, su gracia exótica y moruna y su indiferencia por la admiración que causa. No hemos entrado en hacernos fondistas de oficio; continuamos siendo hidalgos y caballeros, desdeñosos de la ganancia que podría reportarnos el exhibir la hermosura de nuestras costumbres y de nuestros paisajes y monumentos, la típica fisonomía de nuestras clases sociales. Así y todo, y quizás más todavía por eso mismo, los de extranjería afluyen y se extasían con la menor cosa.

Ha ocurrido estos días un incidente de que se hizo eco la prensa y que, por extraña asociación de ideas, me recordó otro sucedido hará tres ó cuatro años. Del primero — el reciente — son héroes la dama extranjera de una princesa española y un *gentil torero*, como dice la canción de la ópera *Carmen*. Pasaba el torero por la Puerta del Sol, y la dama se quedó mirándole, como se mira á una figura típica y gallarda, en quien se encarna momentáneamente la belleza propia de una raza y de una comarca del mundo. Así se mira al palikaro en las calles de Atenas; al *highlander* de la guardia de Su Graciosa Majestad en las calles de Londres; al modelo transibérico en *Trinità dei Monti* de Roma, y al rígido uhlano en la *Bavaria* de Munich. Pero el torero no entendería de estos tiquis miquis de estética internacional, y soltó á la dama, con salero y picardía, algo por este estilo: «¿Me quiere usted retratar, prenda?»

La dama, al punto, sacó una maquinilla instantánea, y cátilo retratado. El torero quería recoger la prueba á domicilio, pero la dama se ofreció á llevarsela á un café; y al café acudió á llevarsela en efecto, acompañada por respetable rodrión, con la mezcla de atrevimiento y dignidad de una miss Helyett palaciega.

El segundo incidente, el ya antiguo, tiene por heroína á una dama inglesa, por señas amiga mía, esposa de un diputado socialista; dama que vino á Madrid con objeto de perorar en un *meeting*. Así lo hizo: pero al día siguiente, al cruzar la Puerta del Sol — en la Puerta del Sol es donde sucede todo, — dos gomosos enterados de que era la oradora, se acercaron y deslizaron en su oído una injuria en lengua inglesa. La dama se volvió, apretó los dientes, y de una soberana bofetada de su sólida palma — palma de jugadora de *lawn tennis* y de remadora — envió al más próximo á rodar al arroyo. Acudieron los guardias; ella refirió sencillamente el hecho, y la autoridad y el público arremolinado dieron la razón á la abofeteadora. El gomoso se retiró, sacudiéndose con el pañuelo la ropa manchada y haciendo de tripas corazón por no ponerse más en berlina, mientras la inglesa sonreía cálidamente á sus improvisados partidarios.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«SEASON»

En algo nos hemos de parecer á Inglaterra, ya que no sea ni en la formalidad, ni en el color del pelo, ni en la afición á los viajes, ni en otras muchas cosas que caracterizan á nuestros vecinos mar en medio; y nos parecemos en que hemos hecho de los meses de primavera la época más animada y bullanguera de todo el año. Mientras los primeros meses del invierno se deslizan como dormidos, lánguidos y apacibles, la Pascua da la señal de un recrudescimiento del bullicio y la alegría, de la sociabilidad y del derroche. Una parodia de la *season* británica, que allí se justifica porque es realmente el único tiempo en que se puede vivir en Londres; pero aquí no tiene más explicación que nuestro prurito de imitar á diestro y siniestro, y de seguir la corriente, así no sepamos adónde conduce.

La primer brisa templada y perfumada que respiramos — lejos de incitarnos á disfrutar la paz bucólica y de recordarnos el huerto en flor, los frutales cubiertos de nieve fina blanca ó rosada, el arroyuelo entre las mentas, los berros y los lirios, el prado festoneado de margaritas y la playa salpicada de conchas y orlada del verde tafetán de las algas cinteras, — nos anima á perder el tiempo revolviendo las tiendas de modas, y comprando trapos y más trapos para sostener la campaña de la *season*. A la hora en que la naturaleza y el campo nos solicitan, no tenemos ojos ni espíritu sino para las ciudades, para la polvorienta zambra de la ida á la Plaza de toros, ó el asfixiante recreo de los teatros de verano, donde la frescura es nominal y el calor efectivo.

Estudiad en los periódicos la dirección de los viajeros y excursionistas de esta época primaveral. Veréis que no se encaminan á los cortijos, á las haciendas, á los castillos ni á las viejas mansiones solariegas ocultas en el fondo de algún valle: adonde van — salvo honrosas excepciones — es á Sevilla ó á París. Sevilla es agradable para quien tenga allí preparado alojamiento cómodo; pero el que haya de recurrir al hotel, á la fonda ó á la tradicional casa de huéspedes, bien caro pagará el gusto de ver unas cuantas procesiones, oír las *saetas* y asistir á una *juerga* gitana, de esas que, convertidas en espectáculo pagado, han perdido ya — en mi concepto — todo su